

EL MÉTODO SONTAG

Benjamin Moser disecciona a la célebre autora estadounidense en una biografía que ha ganado el Pulitzer. Un viaje a las inseguridades y tormentos de una estrella del mundo intelectual del siglo XX.

Alberto G. Palomo

Creadora de citas, maestra de estilos, referente contumaz, aprendiz de todo. La figura de Susan Sontag es tan poliédrica que cada vez que alguien la introduce se desbordan los títulos: filósofa, novelista, directora de cine, dramaturga, ensayista, activista política o profesora. Su sed de cultura la llevó a tocar diversos palos artísticos, a rodearse sin remilgos del mundillo ilustrado o del farandulero y a reflexionar sobre temas prosaicos y etéreos. Fue una personalidad total, casi tan estudiada desde la distancia por otros autores como hizo ella con los asuntos que le obsesionaban. Ha sido en esa perspectiva donde se han deshilachado algunos remaches. Sontag brillaba en las apariciones públicas, pero se oscurecía a solas, entre sus propios pliegues. Una inseguridad emocional que arrastraba desde la infancia y una reprimida inclinación sexual la convirtieron a ratos en una pieza frágil, a punto de estallar y disolverse en la nada o de salpicar de metralla a sus acompañantes.

Nacida en 1933 en Nueva York, Susan Sontag trató de explicar el mundo que la rodeaba. En los años sesenta y setenta escaló a la cima de la intelectualidad. Se codó por igual con autoridades del mundo de las letras como con cantantes o actrices. Y, después de sortear un prematuro cáncer y una posterior leucemia, que provocaría finalmente su muerte en 2004, se configuró como una celebridad tan atractiva como espinosa. Así es como la dibuja Benjamin Moser. El escritor estadounidense ha dedicado siete años y más de 800 páginas —incluyendo agradecimientos y notas bibliográficas— a diseccionar un perfil complejo. *Sontag. Vida y obra*, publicado originalmente en 2019 y traducido recientemente al español por Anagrama, le ha valido el Pulitzer de biografía y las acusaciones propias de cualquier empresa de este tipo. Tirando de unas 600 entrevistas y de los documentos proporcionados por su hijo, David Rieff, o la Universidad de California, Moser pisó un charco difícil de abordar. “Estaba en la intersección de todo, de todos, en todas partes, así que lo primero era pensar por dónde empezar”, rememora.

Le avisaron de que era un jardín fangoso. Paul Auster le dijo que penetraba “un campo minado”. Nada lo detuvo. “Los líos hacen parte de las biografías. Es natural, pues estás hurgando en lo más personal de una vida humana. Con Sontag, la pensadora más polémica del siglo XX americano, había todo eso, más el lío entre su compañera, Annie Leibovitz, y su hijo. ¿Por qué me metí? Muy a menudo mientras hacía el libro me lo pregunté. Pero la verdad es que me

gustan esas figuras *larger-than-life*, exageradas, las grandes divas. Y la historia de Sontag merecía que lo contara”, responde Moser. “Con la mente de un filósofo europeo y el aspecto de un mosquetero, reunía cualidades que solían atribuirse al género masculino. Lo novedoso, en su caso, era que confluían en una mujer, y para varias generaciones de artistas e intelectuales femeninas, esa combinación supuso un modelo más poderoso de lo que habían conocido hasta entonces. Carecía de verdaderas predecesoras, y si bien fueron muchas las que siguieron su ejemplo, nadie volvería a llenar convincentemente el hueco que dejó”, agrega. Ella, indica Moser, “creó el molde y luego lo rompió”.

¿Por qué? Empecemos por su infancia. Hija del matrimonio judío entre Jack Rosenblatt y Mildred Jacobsen, se quedó huérfana de padre a los cinco años. Este falleció de tuberculosis en China, donde comerciaba con pieles, y tanto ella como su hermana Judith adoptaron el apellido de la siguiente pareja de su madre, Nathan Sontag. El alcoholismo y la inestabilidad emocional de su progenitora conformaron un carácter atemorizado por el abandono.

Se casó a los 17 años con Philip Rieff, a poco más de una semana de conocerle. Y engendró a David a los 19 sin estar muy convencida: >

Sontag en una imagen de Peter Hujar tomada en 1975.



se cuenta que había intentado reducir el sexo con su marido y que le asustaba aniquilar su futuro académico. No pensaba someterse a la imagen de mujer en los cincuenta, ni siquiera en lo respectivo a la sexualidad: aunque mantuvo relaciones con hombres durante casi toda su vida, entre los que entran Robert Kennedy o el artista Jasper Johns, sus parejas más significativas fueron mujeres. Incluyen a la dramaturga María Irene Fornés, la coreógrafa Lucinda Childs o la fotógrafa Annie Leibovitz, de quien renegó a menudo.

David, mientras, fue instruido para genio. A los cuatro años leía a Homero y se movía por el circuito de exposiciones o proyecciones de películas de su madre. Solía llevarle a los cócteles y en el gremio rulaba la anécdota de cuando se dormía entre los abrigos a altas horas de la madrugada. Sontag pretendía que su hijo optase a lo que ella no pudo, pero esa presión se tornó posteriormente en una adicción a estupefacientes. Un batacazo que la alejó de él. Dijo que ese comportamiento era imperdonable, aunque ella cayera más adelante en el consumo de anfetaminas para exprimir al máximo sus días y aunque David la hubiera ayudado con el cáncer de mama que sufrió a los 43 años. “Una cosa es sentir el amor, otra saber expresarlo”, resuelve Moser sobre esta historia maternofilial, que acabó plasmada en el libro de Rieff *Un mar de muerte* y que influyó en otros de sus sombríos pliegues, como la relación con el cuerpo, escondida tras una cortina de sabiduría y en la que reinaba la negación de la enfermedad.

Una inseguridad tormentosa

“Pingir que su cuerpo no estaba presente también le permitió negar otra realidad ineludible: una sexualidad de la que se avergonzaba. Pese a haber tenido algún que otro amante masculino, el deseo erótico de Sontag se orientaba de forma casi de forma exclusiva hacia las mujeres, y la frustración que la acompañó durante toda su vida por su incapacidad para evadirse mentalmente de esa realidad indeseada desembocó en una incapacidad para sincerarse al respecto, ya fuera en público, mucho después de que la homosexualidad dejara de ser motivo de escándalo, ya fuera en privado, con muchas personas que le eran cercanas”, anota el biógrafo.

Quizás por eso cultivó un “magnetismo” no exento de “crueldad”. Y eso que con su primer gran amor, Harriet Sohmers, desenterró “la incipiente culpa que siempre he sentido respecto a mi lesbianismo, haciendo que me viera fea, ahora sé la verdad, sé lo bueno y legítimo que es amar”, según anotó en uno de sus diarios. La explosión se produjo en Europa, durante un año de despertar intelectual y sexual en el ocaso de su matrimonio que, de vuelta, la llevó hasta Andy Warhol o Barbara Epstein.

También le inculcó una inquietud política que se iría fraguando con el tiempo. Sus posturas de izquierdas fueron sedimentando en una lucha anticolonial (algunos dirían antiamericana) que tocó techo con la representación en Sarajevo, durante su asedio en la guerra de los Balcanes, de *Esperando a Godot*, la obra de Samuel Beckett. Continuó con su oposición a la guerra de Irak en 2001, aunque muchos la tildaban de fachada: cuestionaban sus auténticas vigas argumentales. “Sontag entendió el mundo estetizado, más que el mundo real. No es una cuestión de convicción sino una manera de mirar al mundo. A mí me gusta la gente que no vive en el mundo real. ¡Hay tanta gente en el mundo real! ¡Qué fastidio!”, protesta Moser.

Sontag pasó de los círculos más exclusivos a los saraos más frívolos. Omnívora de sabiduría, en 1968 sacó *Contra la interpretación*. A esta compilación de ensayos se le sumaron *Sobre la fotografía* (1977) o *La enfermedad y sus metáforas* (1978). Teorizaba sobre aspectos artísticos y reales de la existencia. “Demostró que el len-

“Sontag personificaba la esperanza en un Estados Unidos tolerante y diverso”, señala su biógrafo

guaje podía consolar y destruir; que la representación podía reconfortar sin por ello dejar de ser obscena; y previno de la mitificación de las fotografías y retratos”, afirma Moser. Comenzó entonces a enhebrar lo que se suponía como cultura popular con la elevada. “La idea de lo que era *popular* o *refinado* ha cambiado muchísimo desde el inicio de los sesenta, cuando Susan se convirtió en una pensadora radical”, plantea el articulista de medios como *The New York Times Book Review* o *Harper’s Magazine*.

“Ni siquiera el cine o la fotografía se consideraban arte, o no por todo el mundo. Ella escribió sobre eso y también escribió sobre la sexualidad —la homosexualidad, para ser más exacto— y eso le dio la reputación de la pensadora más picante de su generación”, agrega quien ya había analizado a Clarice Lispector en *Por qué este mundo* (Siruela, 2017). Sontag, además, publicó cuentos, diarios, novelas cortas y dirigió cuatro películas (sin mucha proyección).

Pero donde batalló de verdad fue en su turbulento mundo interno. “Su inseguridad fue una tormenta. Al mismo tiempo, resultó un regalo, una inspiración. Alguien que se sentía totalmente segura y relajada y contenta nunca habría alcanzado lo que hizo ella; justamente por querer ser mejor, por querer ser otra cosa”, indica Moser, que narra algunas peripecias sobre cómo menospreciaba a sus acompañantes, que se arrimaban como si fuera un brasero.

“¡La altanería puede ser muy magnética! Las contradicciones de Susan Sontag son las que la hacen tan fascinante. Crees pensar una cosa de ella, y de repente se revela totalmente el contrario. Te enteras de que no has entendido nada. Por eso es tan difícil no sentir la fascinación que sintió toda una generación por ella”, exclama Moser. A pesar de esa valoración, muchos han visto en *Sontag* un psicoanálisis más que una simple crónica. “¡Mucha gente ha querido que lo fuese! Mucha gente odiaba a Sontag, otra tanta la quería. Creo que es siempre así con las grandes figuras. Esas fuertes sensaciones me dieron un asunto maravilloso. Por eso estoy ahora jubilado de biografías: no voy a encontrar nada mejor”, se defiende.

Y afirma que, seguramente, Sontag no sería lo mismo en el mundo actual: la furia social se le echaría encima, con la turba de las redes al acecho, o quedaría esquinalada en lo marginal. Arguye el columnista que hoy no se perdonan los errores: “Twitter está siempre esperando a que peques. Y ella pecó bastante. Por eso es tan interesante saber sobre ella. Sus errores llevaron a sus aciertos. Creo que hay que darle espacio a la gente a errar, sobre todo a los pensadores. El pensamiento es un proceso, una evolución”.

Moser está convencido de que Sontag “representaba la autosuperación, la capacidad del individuo para exceder las expectativas propias y ajenas”. “Simbolizaba al intelectual que abarcaba un amplio abanico de géneros sin caer en el encasillamiento ni el diletantismo. Personificaba la esperanza en un Estados Unidos tolerante y diverso, capaz de dialogar con otros países sin chovinismo. Encarnó el rol social del artista y demostró que este podía resistir a la tiranía política. Y defendió la permanencia de la cultura como fuente de esperanza en un mundo asediado por la indiferencia y la crueldad”. ■